

¿SACERDOTES O SACERDOTISA?

por Hor tencia Málaga de Cornejo B.

Me veo ante un dilema, pues no se si el seudónimo de Alma Moreva oculta la personalidad de una dama casada o de una damisela, para poderle dar el tratamiento que le corresponde; es por eso que en mi artículo anterior refutando el suyo, sólo hice uso del seudónimo como en tales casos se estilaba; pero hoy prefiero llamarla señora, pues así la creo dada la libre manera de expresar sus doctrinas y, con todo agrado respondí a su artículo "Honor. Virtud!" dejando a un lado toda la ironía que él encierra. Además, no sé si bajo ese seudónimo tengo que haberme las con una o varios contendores.

Mi distinguida señora Alma Moreva: soy de opinión que cuando una persona se impone la heroica misión de enseñar doctrinas, es decir cuando asume el sacerdocio de una causa, debe hacerlo libre y espontáneamente sin velos que oculten su personalidad de suerte que su palabra autorizada y convencida, al par que su persona sin tacha, pueda afrontar todas las responsabilidades, que no son pocas las que trae consigo un sacerdocio, y sostener con argumentos convincentes, no con frases irónicas, sus doctrinas y estar dispuesta a luchar por su causa con la frente alta y el corazón valeroso hasta vencer.

Hace Ud. muy bien, respetada señora Alma Moreva, en imaginarse que pienso como otras tantas, en que el abandonarse al *fifi bestial*, como Ud. dice implica carencia de virtudes. Es verdad, así pienso y voy a decirle porqué.

Por que la mujer virtuosa e inteligente, en primer lugar, sabe aquilatar desde el primer instante al hombre que la pretende, sabe sondear su corazón y por el más insignificante detalle verá a través de su palabra o de su ademán si es el hombre que la respetará siempre o el sátiro de quien debe huir antes que el amor haya echado sus raíces.

Precisamente mi exposición de lo que entiendo yo por feminismo se basa en este importante punto, sobre el cual debe educarse a la mujer, sólidamente, en no ser el bibelot de salón al cual se puede seducir con almibaradas palabras, sino en ser la mujer penetradora, investigadora y lejos del superfluo flirteo que no hace más que menoscabar el tesoro de su amor, esté penetrada de lo que significa esta palabra y del fin y consecuencias psicológicas y morales que trae consigo. Ya dije en mi anterior artículo; y lo repito, pue una vez provista la mujer de esa educación será invulnerable y no tendrá que llorar las consecuencias de la caída, y habrán menos caídas.

Ud. dice, digna señora, que no sólo por amor se prostituye la mujer, sino por necesidad. ¡Qué feo suena eso! Una mujer virtuosa prefiere trabajar para hacer frente a la necesidad, por más brillante cuna que haya tenido, por que el trabajo no desdora, no prostituye; y ¿qué necesidad tiene la mujer adinerada en buscar pretexto en el amor, y echar la culpa a éste como una causa irresistible, como un llamamiento imperioso de la carne, como Ud. dice? ¿Acaso no es ella consciente de sus actos y no sabe lo que vendrá después? ¿o va a preguntar que por ser heroína de su pasión, sacrificó lo que Ud. no reconoce como honor, con la seguridad de que con su dinero acallará a todos?

Al referirme yo a la pureza de la mujer, no solo me referí a la dignidad corporal sino a como naturalmente se deduce: en cuerpo se tiene que haber un espíritu sano. Y no concibo cómo podrán haberse prostituido

tas, como dice Ud. de cuerpo, y puras de alma.

Serán excepcionales los casos en que las virgencitas de cuerpo sean prostitutas de espíritu, como Ud. afirma; me refiero a todo un mundo no sólo a nuestro estrecho medio, pues el feminismo es universal; y esto se debe a las malas lecturas, a la compañía de las inescrupulosas, que quieren parecer virtuosas, como dije en mi artículo anterior. Es que hoy no nos preocupamos de guardar intocada la pureza de la generación que surge; tanto en hombres como en mujeres hay un terrible descuido sobre este sentido.

¿Diga Ud. ahora que son sermones de vieja; y ¿qué, una vez que la humanidad evoluciona, debe también adelantar el mundo en corrupción? O ¿seta Ud. con la doctrina de que "el amor es una enfermedad infecciosa" y como tal, ataca en todas las edades y no hay para que preocuparse que a unas les ataque cuando todavía deberían conservar su pureza y, sea o no lícito, ¿no hay que ponerle antídoto?

Ante todo, tenga la amabilidad distinguida señora, de contestarme: ¿Qué concepto tiene Ud. del amor? ¿o también está proscrito de su diccionario, como lo están el honor y la virtud, alegando que por adelanto del mundo ya no se usa llamar honor al honor de la mujer?

— Siguiendo sus doctrinas, tampoco el amor será un sentimiento psíquico y ennobecedor de la unión de los sexos sino simplemente el acto brutal y puramente animal que no tendrá influjo alguno sobre el hombre humano.

Mi apreciable señora Alma Moreva, siendo Ud. la sacerdotisa del feminismo, puesto que expone sus razones para serlo, puesto que dicta doctrinas que deben, sino seguirse por lo menos aceptarse ¿Cómo puede Ud. asegurarme que hablando en feminismo de la mujer se refiere a casos especiales como lo dice hoy?

Tomando la mujer en la verdadera aceptación de la palabra, no se refiere Ud. a Fulana o Zutana, a casos aislados, sino a la colectividad de mujeres, al bello sexo en general.

Digame, Señora Alma Moreva, ¿tienen derecho a reclamar del amor que se le hizo en sociedad la que no quiso, por porque no le vino, gana o por que más le convenia quedarse libre e íntimamente feliz, como Ud. dice, reclamar el honor que se le quitó con todo decoro, lo repito, y al que lo quitó?

Al decir yo que donde iríamos a parar como madre indolentes (no displicentes); no se decir que la sociedad era la madre como he sido mal interpretada, tampoco puedo convenir con Ud. que la sociedad sea la plebe como Ud. dice, en la cual brillan los, por su talento o por su dinero.

Tampoco creo vivir en el mejor de los mundos, Señora Alma Moreva, sino al referirme a la degradación que hace veinte siglos me he referido al estado de esclavitud y de abyección en que se hallaba la mujer sin que ni siquiera al derecho de pensarse tratada por el hombre como un objeto útil y bello con el cual satisficiera sus apetitos y nada más, prefería a negarse la espiritualidad, que desgraciadamente muchas han perdido en nuestros días, y sería visado en otra vez como un trozo de carne que se le puede utilizar o cambiar por otro cuando a uno le plazca, por que no supo conservar su dignidad ni hacer valer los derechos que la asisten, como igual psíquicamente al hombre. Además, he estado muy lejos de decir que el hombre es superior a ella, he hablado de degen-

ración de la mujer, ya que tratamos de feminismo, no me he referido a toda la acepción de la palabra, como Ud. lo interpreta, citándome ejemplos de barbarie cometidos en las guerras de hoy, que poco más o menos son iguales a los de ayer y de mañana, y otros tantos que en la sociedad de todos los tiempos serán los mismos.

Quiero evidenciarle, una vez más, que no estoy en un error gordo, como Ud. dice, sino que estoy dispuesta a corroborar mis cimentadas refutaciones y me remito para contestar a su última pregunta, a mi anterior artículo en el cual había previsto todos los casos en los cuales podía quedar la mujer fracasada, ya que Ud. no quiere llamarla deshonrada, y no sólo intuí su estado durante la juventud sino que alcance hasta el más allá de ella y de su próbe, si es que la tenía.

Ud. dice que no es ningún ultraje quedarse con su hija (si llegara el caso) y yo le pregunto: si después de tener su hija y estar íntimamente feliz, que no lo creo en este caso, se le presenta un nuevo amor y no es capaz de rehusarlo, como rehusó primero, a la primera tentación

según Ud. es el resultado inevitable e indomable de un gran amor, no es capaz de unirse tampoco a él tanto más cuanto que se lo impide la felicidad de su hija (sin nombre); volverá a caer y quedarse ya no con una hija sino con dos. . . . y ¿qué ejemplo para sus hijas?

¿También es ésta una pregunta sin solución? ¿O por ventura cree Ud. que la mujer que cayó una vez está inmunizada para las demás caídas o que no cae nunca? — que el corazón ama una vez y después de sangrar, olvidar su amor infeliz no puede amar de nuevo?

Y como, según su doctrina, amor indomable significa inexorable ceguera y fracaso ¿a donde irá a parar esa mujer?

Espero que en la próxima exposición de sus doctrinas tenga la amabilidad de responder categóricamente a estas preguntas, a fin de que el distendido público que la lee y que se ha dado cuenta de esta polémica, se aquilatar como oro la sana libertad con que Ud. mi muy distinguida señora, defiende sesudamente sus, desde luego, muy respetables doctrinas.